

HACIA UN MODELO DE FORMACIÓN HOY

En este encuentro vamos a ver fundamentalmente tres temas:

- 1- una rápida indicación de orientaciones teóricas para el futuro de la vida consagrada y el futuro, también, de la formación
- 2- un *excursus* sobre los modelos formativos adoptados en el pasado y que siguen siendo actualizados hoy;
- 3- una reflexión sobre el modelo que me parece más indicado hoy, el de la integración.

1- TRES DIRECCIONES PARA EL FUTURO

Existen cuestiones en el campo de la formación, que parecen de menor importancia, cuestiones teóricas que, para algunos, son cuestiones abstractas, cuestiones lejanas a la realidad, poco incisivas o menos interesantes que otras, opinables o facultativas, especialmente para los que no tienen mucho tiempo que perder. Otros, creen que las tienen ya resueltas y, por tanto, no creen conveniente ni necesario volverlas a retomar. Otros, han renunciado a pensar... y otros, han delegado en la tradición, las instituciones o en la estructura de la casa de formación o en la escuela de teología o en la misma lógica del "siempre se ha hecho así" la posibilidad, siempre bella, de transmitir a los jóvenes las convicciones profundas, la pasión del corazón, un estilo de vida como camino de felicidad personal... Y, sin embargo, es el contagio, la pasión con la que se transmite una vida la que ha tenido, y sigue teniendo sentido, la que hace el camino formativo interesante para el joven y es novedad permanente en todo el proceso.

Una de esas cuestiones es el *objetivo de la formación*. Que, en efecto, no es una cuestión solamente de este momento, sino que ya en el pasado, ha tenido respuestas satisfactorias, formulaciones no definitivas, pero sí esenciales, en cuanto que han tenido en cuenta algo central y duradero, pero que no han agotado la capacidad de seguir profundizando en el tema, especialmente en relación al tiempo y a la historia que cambia. Toda vocación se contextualiza en el tiempo y en la historia.

1.1- Objetivo de la formación y formación permanente

La reflexión sobre el objetivo de la formación para la vida consagrada y sacerdotal, tiene que continuar enriqueciéndose en el tiempo. Una reflexión que por su mismo objeto (el ser humano llamado por Dios a realizarse según un determinado proyecto divino) es compleja y que va unida a diversas vías de estudio, abierta siempre a nuevas perspectivas y síntesis, como una mina de oro que se explota o una montaña que se escala ininterrumpidamente. Y si la formación es permanente, como hoy tiende a considerarse, constante y permanente tiene que ser la reflexión sobre el objetivo de la misma, clarificando, no solamente el contenido, sino también y, sobre todo, los desafíos y el punto de llegada.

Cuando no se tiene claro el objetivo, la formación es débil en todo su conjunto. Es importante clarificar el objetivo, la meta, el proceso mismo, el método pedagógico, el concepto de hombre, de persona, etc. La formación es un proceso articulado, una red de sofisticadas conexiones, ordenadas y convergentes, con una determinada jerarquía: si nos saltamos alguna conexión o si no se respeta un cierto orden, queda comprometida la armonía del conjunto. Si no se clarifica bien el objetivo o no está bien definido o se da por descontado, toda la formación se resiente, llega a ser fragmentaria y confusa, inconsistente e inconclusa, o regulada por el propio formando, según sus criterios (consciente o inconscientemente) o condicionada por elementos culturales o por presiones ideológicas, no siempre evangélicas... Con las consecuencias que ya sabemos de procesos y caminos formativos aproximativos o inciertos, o de crisis vocacionales que, con frecuencia, atribuimos a que los jóvenes son frágiles, débiles o imprudentes, cuando lo que falta es clarificar bien cuál es el objetivo final de la formación.

En nuestras casas de formación, aunque parezca paradójico, el objetivo de la formación suele estar claro en los libros o en los programas oficiales, pero no así en la mente y en el corazón de los que acompañan la formación, ni en la mente y el corazón de los formados.

1.2.- Las tres direcciones

Son tres las direcciones que debe seguir la profundización, partiendo del pasado y dirigiendo la reflexión a lo que debe ser en la actualidad según las grandes orientaciones de la Iglesia y de los cambios históricos y culturales. No se trata de cambios espectaculares, sino de pequeños cambios, a veces imperceptibles, pero importantes. La perspectiva y todo el proceso formativo deben pasar:

- de la lógica de la sequeña imitativa a la internalización de los sentimientos del Hijo

- de la preocupación prioritariamente individualista de la propia perfección personal, a la centralidad de la relación y a la tensión apostólico ministerial
- del objetivo de la perfección, de la autorrealización y de la aceptación al de la integración.

a) De la sequela imitativa a la internalización de los sentimientos del Hijo

El fin de la vida consagrada y presbiteral no es imitar a Cristo, sino seguir un itinerario de progresiva asimilación de los sentimientos del Hijo con respecto al Padre, según el himno de Fil 2,5-11. Es el objetivo último, esencial y fundante de la consagración para la vida religiosa o presbiteral, como nos recuerda el documento postsinodal Vita Consecrata (n.65).

Dos modelos o procesos formativos acompañan a la consecución de este objetivo:

- el modelo *bíblico*: Según el himno de Fil 2,5-11, el himno de la Kénosis de Jesús, que expresa la forma substancial de la vida consagrada y es también la norma de vida del consagrado;
- el modelo *antropológico*, porque los sentimientos expresan la parte más humana del yo y desvelan los sueños y las motivaciones; aunque son instintivos e inmediatos, pasajeros y fugaces, pueden ser evangelizados y llegar a ser expresión de una verdadera conversión; de una conversión de la propia vida, estable y radical.

b) Del egocentrismo a la libertad relacional

El planteamiento no es sólo de tipo religioso, sino antropológico y filosófico. Se trata de superar la concepción racional del ser humano, considerando la importancia de la dimensión relacional.

Dios es relación y, desde el inicio de la creación, el hombre es presentado como un ser eminentemente relacional. Si la fe, en sí misma, es esencialmente relacional, lo es la vocación en un contexto de fe. Por eso, todos los planteamientos formativos pasan hoy por la recreación de la dimensión relacional del ser humano. El narcisismo y el egocentrismo de la cultura moderna vulneran la exquisita esencia de la relacionalidad del ser. Un yo que ha olvidado la palabra más importante del cosmos: tú, se encuentra lejano de dios y de los otros.

Por eso, es importante, orientar la formación hoy, en la dirección de la relación: Dios es relación esencial. No existe solo el yo actual y el yo ideal, sino también el yo relacional, que tiene que ser formado y orientado. Es el Espíritu Santo el icono bíblico que acompaña el itinerario formativo de la relación. Icono de la libertad y de la madurez afectiva que pone el tú, y no el yo, en el centro de la vida. Es el icono de la relación que no se asusta de la diversidad, sino que es capaz de jugar con la diferencia y de hacer converger la pluralidad en la sinfonía de la verdad.

c) Del objetivo de la perfección al objetivo de la integración

La tercera de las direcciones que estamos indicando parece la más clara para identificar el sentido de esta transición histórica. No hay duda que en el pasado el objetivo de la formación para la vida consagrada era la perfección.

Este modelo todavía está en uso, especialmente cuando a la vida consagrada se la define como vida de perfección y las congregaciones religiosas se consideran y son llamados "Institutos de perfección". Podemos ver cómo los modelos que se han ido sucediendo en la evolución informal de estos últimos decenios, han ido modificando lentamente una cierta idea acerca de la perfección como meta del proyecto formativo: el modelo de la autorrealización, el modelo de la aceptación y el que debería ser utilizado hoy, el de la integración. Esta transición merece una profundización particular.

2- DEL MODELO DE LA PERFECCIÓN AL MODELO DE LA INTEGRACIÓN

2.1- Modelo de la perfección

El modelo operativo del santo perfecto y de una formación que aspira a la perfección es el que podemos llamar de la "*canalización*"; semejante a una flecha que toma una dirección exacta hacia un punto definido: lo perfecto, excluyendo todo lo demás.

a)- Pretensión (irreal) y riesgo (real)

La estrategia de la canalización considera que las energías instintivas del hombre, que son ambiguas, se realizan sólo en la medida en que se adecuan a un proyecto elaborado por la razón. Por consiguiente, se corre el riesgo de que ciertas dimensiones que no encajen inmediatamente en el esquema de lo que se

considera perfección, se repriman, se nieguen o se destruyan, al menos de manera intencional. Así mismo la pretensión de que la energía pulsional sea inmediatamente conforme a los valores, supone su eliminación, siendo esto mismo irreal y terminando por empobrecer la vida psíquica de quien aspira a ser santo. De hecho, las fuerzas negadas no desaparecen ni dejan de existir, sino que permanecen como negadas o no aceptadas. Dicho de otra manera: la energía instintiva no es más, en este caso, una fuerza que el individuo disfruta y de la que se sirve para alcanzar sus ideales, sino que permanece como un impulso irracional, que la persona debe combatir, sabiendo que vuelve a resurgir constantemente y que se impone a su manera, haciendo dramática, muchas veces, la vida consciente, y poniendo cada vez más en peligro la consecución del mismo ideal de la perfección (por ej. La pretensión de que la energía sexual sea inmediatamente y totalmente conforme a un proyecto de castidad por el Reino de los cielos, hace que esta energía venga reprimida y cancelada en la intención del sujeto perfeccionista, pero esto no es posible, como sabemos. El resultado será que la energía sexual rechazada y no convertida, permanecerá a nivel inconsciente, desde donde seguirá molestando y empobreciendo la vida afectiva consciente del sujeto, **que no podrá disfrutarla según sus proyectos**). La vida, de este modo, se complica peligrosamente y el modelo original corre el riesgo de transformarse en una lucha constante y en una tensión insoportable a largo plazo.

La consecuencia, frecuente en nuestra historia, es que muchos aspirantes orientados a este tipo de perfección, llega un momento en el que no pueden resistir más la tensión que les produce y pasan al extremo contrario o eligen vivir de manera mediocre.

b)- Controlador perfecto (y agotador)

Es otra consecuencia o componente más o menos inevitable. Cuanto mayor es la fuerza subjetiva de control, tanto mayor será la amenaza de que el "eros" y el "pathos" (símbolos de la energía instintiva) se hagan conscientes **como fuerza contraria a los valores que la persona quiere vivir**, y que el mismo sujeto experimente cierta angustia. Y así, ante la tentación, el individuo ofrecerá una resistencia frontal tendente a tirar todo por la borda, el agua sucia y el niño que lleva dentro... ya que tiene derecho a vivir en su vida sólo la dimensión de luz, de bondad, de pureza y de positividad. Las otras dimensiones de sombra, que también son propias de la realidad humana, se someten constantemente a censura y a examen, siendo condenadas y expulsadas (Como en el caso de la novicia que a la pregunta ¿cómo está tu vida afectiva sexual? Respondía: yo no tengo ninguna tentación y todo me va bien. No tener tentaciones en este estadio, significa que la formación no ha puesto a la formanda frente a sí misma y ante su propio mundo interior).

El modelo de esta idea de perfección cristiana, es el controlador perfecto de todos los instintos; y quien persigue de modo inflexible un ideal tan grande, castiga y reprime las pasiones que se oponen a la virtud; la persona debe siempre recurrir a una voluntad fuerte, al voluntarismo, con una sensible pérdida de energía psíquica, esfuerzo que deja a la persona cansada y oprimida (El ideal de perfección, con todas las renunciaciones y penitencias que lleva consigo, es más una obligación que el individuo se impone a sí mismo, o que otros le imponen como un yugo, que una exigencia y consecuencia de una relación de amor. Lo desea con todas sus fuerzas sin importar si lo quiere; lo que cuenta, según esta mentalidad es la decisión de convertirse para cambiar de comportamiento y no tener la libertad de dejarse conducir por el Espíritu o de experimentar la libertad del amor. En todo ello hay una buenísima voluntad y una recta intención, de la que nadie debe dudar, pero probablemente falte libertad interior y, aún más, un verdadero descentramiento de sí mismo (aunque haya una tensión dirigida a la propia superación).

c)- Sin pasión y sin pasiones

Podemos observar algunas consecuencias, de esta actitud errónea, que afectan a la formación. Se orienta al joven hacia una meta inalcanzable: se le pide renunciar a una parte de su propio yo, considerada poco noble o humillante, hasta el punto de disuadirlo de poder triunfar en el intento, eliminándola y extirpándola de raíz; con el resultado de no conseguir nada, relegando todo en el inconsciente, donde el instinto negado continúa incomodando la vida consciente del sujeto, sin ser apenas percibido, filtrándose de una manera sutil en el mundo interior como motivación profunda negativa de acciones aparentemente correctas y evangélicas o como causa última de sensaciones, reacciones, estados de ánimo o crisis "inexplicables".

Otra consecuencia muy negativa en el plano formativo: se trasmite al joven una idea contradictoria acerca de sí mismo; que habría en sí una zona irremediabilmente negativa que hay que controlar o mejorar,

ignorar, un misterioso "agujero negro". Por un lado se favorece un cierto sentido de prepotencia y suficiencia ("tienes que dominar y eliminar todo lo negativo"), por otro, se ofrece un concepto negativo del sí mismo, que no tardará en surgir como rabia o sentido de culpa cuando la persona no logre vencerlo o dominarlo, o como depresión o turbación, cuando se sienta forzado a constatar que no ha sabido eliminarlo. El resultado de esta confusión, será que no se ayuda a la persona a conocerse y a aceptarse; en una palabra, será poco libre consigo mismo y con los demás, sobre quienes tenderá, de manera defensiva, a proyectar todo lo que le supone problema o lo que no acepta de sí mismo. Finalmente, como ya hemos indicado, se empobrece de modo general la vida psíquica: toda pasión, aunque sea diabólica, contiene energía, y sin energía el ser humano no puede realizar nada. Resultará o correrá el riesgo de ser un ser sin pasiones, pero también sin pasión, olvidándose que en el instinto más carnal habita también el Espíritu de Dios.

d)- Ventajas

La ventaja del modelo de la perfección es la extrema claridad del proyecto que propone, de los valores a conseguir y la disciplina a practicar, de la distinción entre el bien y el mal, del proceso metodológico y de la renuncia inevitable. ¡Qué no es poco!

En todo caso, es un modelo que pertenece al pasado, si bien, no está pasado del todo, porque en muchas partes podemos reconocer restos de esta mentalidad en proyectos y prácticas educativas actuales. En tiempos de inseguridad y desorientación como los nuestros, hay quienes piensan que todo se arreglaría volviendo simplemente a este modelo con la claridad que le es propia y de la disciplina que deriva de él.

Pero debemos añadir que, de hecho, este modelo crea serios problemas, no sólo a nivel psicológico y formativo, como hemos visto, sino también a nivel de vida espiritual y de una correcta interpretación del mensaje cristiano, corriendo el riesgo del perfeccionismo y del legalismo. Quien entiende la perfección en términos excesivamente realistas e inmediatos, privilegiando los comportamientos, se arriesga a caer en el síndrome de la observancia formal, de la ley por la ley, que el mismo Jesús ha discutido con una especial fuerza y que Pablo siguió atacando con similar pasión; en efecto, la pretensión de alcanzar la perfección a base de los propios esfuerzos, hace inútil la cruz de Cristo.

Así pues, este modelo no soporta la renovación introducida por el Concilio Vaticano II.

2.2 Modelo de la autorrealización

Este modelo, típico de los años que siguieron al Vaticano II, se comprende situándolo en el contexto y en el periodo histórico en el que surgió, de manera más o menos informal. En efecto, por un lado, supone la inevitable consecuencia del modelo de la perfección o la reacción derivada de él; por otro, marca una ruptura muy fuerte respecto al mismo.

¿En qué consiste? El individuo pone, la propia identidad, en primer lugar y sobre todo, en los dones y cualidades personales (a nivel físico, psíquico y moral), presumiendo de ser el artífice del propio ser y de sus realizaciones (el tipo que se hace a sí mismo), y en el perseguir la realización de los propios talentos y capacidades como objetivo primero de la vida y condición y garantía de la estima de sí mismo.

a) El Yo al comienzo, en medio y al final

Considerar la autorrealización como el objetivo de un proceso formativo religioso o sacerdotal, significa transferir al ámbito psicológico todo lo que anteriormente se refería y aplicaba al terreno espiritual. En ese sentido, y más allá de toda apariencia, la autorrealización y la tensión autoperfeccionista no son términos contrapuestos. La autorrealización enfatiza el aspecto psíquico totalmente inmanente al sujeto; el segundo, se mueve en el ámbito trascendente y espiritual, muchas veces con la misma lógica y buscando el mismo objetivo; la lógica del yo que se construye a sí mismo, con los propios recursos y posibilidades, para lograr una aceptación y realización de sí hecha con las propias manos y compuesta de resultados visibles más o menos satisfactorios... Siempre está el yo en el origen, el centro e incluso al término de todo. En el caso de la perfección es un yo que se alimenta de contenidos espirituales y camina hacia objetivos nobles; en el caso de la autorrealización es un yo muy preocupado por sus cualidades, dones y talentos y de la propia estima y que teoriza la primacía de la realización de sí sobre todo lo demás (incluida la formación espiritual), o al menos pone la realización como condición para la propia estima, para sentirse satisfecho personalmente, y para ser feliz.

Se cambian los contenidos, pero permanece el estilo y el dinamismo intrapsíquico, lo mismo que sucede cuando se pasa de un extremo a otro en un movimiento pendular que ha caracterizado frecuentemente este tiempo de cambios inciertos y, a veces, peregrinos.

b) Aspectos positivos

Finalmente, en el campo de la formación sacerdotal y religiosa este cambio de sentido más o menos visible, ha producido también grandes cambios tanto en el ámbito de la teoría como en el de la práctica operativa de la pedagogía formativa, de naturaleza y signo positivo. Veamos, por ejemplo, la recuperación de la centralidad del sujeto frente a la concepción prioritariamente masivo-pasiva y homologante del grupo, que en algunos casos provocaba alistarse en el colectivo o en esconderse para evitar algunas llamadas; o también la relación más equilibrada entre naturaleza y Gracia, entre dones del Espíritu y capacidades individuales; una relación que va más allá del simple y hasta ahora dado por supuesto: "la Gracia supone la naturaleza"; e incluso, la atención a temas importantes en el ámbito psicológico, pero con inevitables repercusiones sobre la dimensión espiritual como la identidad propia, la estima personal o la autorrealización; o también, la valoración de la propia humanidad, de la superación personal y del gusto por la vida... falsamente entendidos por una errónea concepción de la espiritualidad, como ajenos o directamente contrarios a una auténtica vida en el Espíritu.

A todo esto ha contribuido, sin duda, la introducción de las ciencias humanas en el contexto de nuestros ámbitos formativos.

Pero también se han corrido riesgos notables, riesgos de error de visión, de énfasis excesivo, de desequilibrios con apreciaciones de unilateralidad desesperante. Con consecuencias de cierta importancia. Veamos algunas, siempre desde el punto de vista de la formación de los sacerdotes y religiosos.

c) Aspectos contradictorios: el talento como límite

Cuando la orientación es sólo o especialmente la autorrealización, se da a los talentos personales una importancia extraordinaria y todo se enfoca a la realización de esta capacidad como si fuese lo más importante y el aspecto más relevante de la propia identidad. La opción vocacional, por ejemplo, viene determinada por los propios talentos; el sujeto no podrá escoger (y escogerse) fuera de ellos, ni en adelante hacer ninguna opción o aceptar ninguna propuesta, si no tiene la certeza de poder lograr el éxito en la petición que se le ha hecho; sin libertad para arriesgarse, para intentar cosas diferentes, para apuntar más alto y con el riesgo de confundir esta atención con la humildad (por ej. El superior pide a una determinada persona hacer alguna cosa o le propone un cargo en la comunidad, **y el sujeto toma como único o prevalente criterio de discernimiento sus propias capacidades. Su decisión será tomada únicamente en función de sus capacidades: si la previsión es positiva ("soy capaz") aceptará (y se sentirá obediente), si la previsión es negativa ("no soy capaz") no aceptará, corriendo el riesgo de sentirse humilde**). Así, el don se convierte, paradójicamente, en un límite para la propia realización mientras que el individuo que quería autorrealizarse se ve obligado a autorrepetirse en una obligación (o...clonación) que debe volver a ejecutar.

d) Dependencia del rol y del resultado

También, quien hace de la autorrealización su meta existencial se arriesga, sin darse cuenta, a hacerse dependiente de cosas sin importancia, de situaciones, personas, ambientes.... Ante todo, su propia estima depende del rol que desempeñe o del contexto en el que pueda manifestar sus dones, separado de ambos se pierde y se siente inútil; llegará a sentirse cada vez más necesitado, de modo exagerado, del resultado positivo o del reconocimiento de los demás, temiendo el fracaso como un fallo personal y cuidando en exceso su imagen social, como algo que le da seguridad, con todo lo que ella significa (títulos, protagonismo, competitividad y rivalidad en las relaciones; envidia y celos...), obviamente tendrá grandes problemas para reconocer los propios límites morales y para vivir una auténtica conciencia de pecado, puesto que rebajará más la ya débil estima personal con la consecuencia de no poder experimentar la misericordia del Señor y, por tanto, convertirse en la práctica, en un ser antisocial.

e) De la autorrealización al complejo de inferioridad

Resulta divertido y, al mismo tiempo triste, que toda esta preocupación por llegar a la autorrealización no logre resultados y termine por producir el efecto contrario, la pérdida de la confianza en sí mismo, como quien estando bebiendo continuamente, tiene la sensación de estar muerto de sed. Y así, la tensión que la autorrealización conlleva, corre el riesgo de producir un sentimiento o complejo de inferioridad.

Basta un poco de sana psicología para comprender el por qué: El ser humano no se encontrará nunca suficientemente buscándose demasiado, no satisfará nunca su necesidad de estima haciéndola el objetivo inmediato y prioritario de su actuación, tampoco haciéndose la ilusión de que desde el exterior pueda venir una solución a su problema, que es el de la identidad y la autorrealización.

Y más si el ser humano en cuestión ha optado por consagrarse al Dios de Jesucristo, a imagen del que no se ha buscado a sí mismo y su gloria, sino la salvación de los hombres y la gloria del Padre, realizando ambas cosas y (realizándose) cuando fue elevado en la cruz, que es la cumbre misteriosa de toda realización humana.

Digamos que el modelo de la autorrealización no ha desaparecido en el periodo inmediatamente posterior al Vaticano II, se mantiene aún vigente en muchos programas formativos actuales. Y es importante, sin embargo, subrayar que posee un notable poder de atracción sostenido y promovido por una cultura que alienta cada vez más el sentido del subjetivismo individualista, como una tentación de la que nadie se escapa y que, como toda auténtica tentación, es desleal y engañosa, y no se deja reconocer como tal. Los talentos personales, ¿no son, acaso, dones de Dios para disfrutarlos? Es muy sutil el límite entre el uso de los dones que Dios nos da para el Reino y la apropiación narcisista de los mismos. La ambigüedad de la autorrealización se mantiene aún, por tanto, confundiendo la mente y el corazón de quien está llamado a consagrarse a Dios, como un camino sin salida o un sendero cortado. Es fundamental durante el tiempo de la formación inicial realizar una clarificación del sentido de la identidad y de la orientación del sendero que conduzca a una identidad sustancial y establemente positiva. En otras palabras, la primera articulación pedagógica es orientar el sujeto hacia la auténtica identidad.

Desde la perspectiva psicológica el modelo de la autorrealización representa un modelo arcaico, típico de l' hombre primitivo, porque expresa un narcisismo elemental y infantil.

2.3- Modelo de la autoaceptación

Un modo más objetivo y realista de comprender el mundo interior, respecto a los dos presentados previamente, es el que podemos denominar el modelo de la autoaceptación. El término está tomado del ámbito psicológico y psicoterapéutico, de modo especial del área de la psicología humanista que defiende la importancia de mirarse con ojos de benevolencia, sin la autocondena propia del modelo de la perfección, que lentamente conduce a una baja autoestima o directamente al rechazo de sí mismo; ni el furor narcisista del modelo de la autorrealización que terminan por conducir a la desviación del ideal sacerdotal-religioso.

a) Conocer la propia realidad y negatividad

Más en concreto, según este modelo, toda la realidad interior (el yo llamado actual) es reconocida e incluso identificada con su componente negativa, la que no corresponde al yo ideal. Reconocerla quiere decir nombrarla, admitir sus partes más débiles e identificar las zonas de esclavitud y vulnerabilidad.

Por tal motivo es evidente la importancia de esta fase en un camino verdaderamente educativo. Donde lo primero que hay que hacer es, precisamente, reconocer las inconsistencias, las zonas de la personalidad especialmente cerradas a la acción del Espíritu, a nivel consciente e inconsciente y donde se debe trabajar sin limitarse a condenarlas y pretender destruirlas, incluso con la ilusión de salir vencedor. Está claro que cuanto más precisa es la identificación de la propia debilidad, más eficaz podrá ser el trabajo de purificación y de conversión.

Es aquí donde debemos destacar la segunda fase, la de la verdadera aceptación de sí mismo. que quizá es más clara en su componente negativa (lo que no es) que por su componente positiva (lo que es).

b) Reconocerse criatura

Aceptar y aceptarse quiere decir, ante todo, no pretender eliminar la propia componente negativa, no presumir de poder eliminarla con las propias fuerzas, desde un punto de vista creyente, y mucho menos creerse capaz de programar tiempos breves reservados para resolver todos los problemas, hasta el punto de cancelar radicalmente cada estímulo de las propias tendencias inmaduras. Serían todas ellas expectativas irreales que nunca encontrarían respuesta en la realidad.

El modelo de la aceptación acentúa la exigencia de reconocer en los propios límites el signo de la finitud existencial, del propio ser de criatura, algo que está destinado a permanecer para siempre y que no tendría sentido combatirlo con el objetivo y la seguridad de erradicarlo. Bajo el punto de vista de la fe, la limitación puede considerarse como lo que posibilita la recuperación de la propia identidad, como aquello a través de lo que pasa el misterio del yo personal; pero es también lo que nos pone de rodillas y nos fuerza a pedir a Dios que se compadezca de nosotros, pobres pecadores; finalmente la limitación me posibilita vivir y convivir con los límites de los otros, sin escandalizarme, sin sentirme superior a nadie, sin ponerme rígido y hacerme el duro frente a la debilidad del hermano.

c) Riesgos y contradicciones: inmovilidad y mediocridad

Pero este modelo conlleva también un riesgo: que la aceptación termine provocando una especie de tácito y práctico consenso con la propia negatividad, como un solución tranquila y cómoda, o lo que la psicología moderna llama situación de "egosintonía", o también de una progresiva autojustificación de la propia situación con una pérdida, simultánea, de la conciencia penitencial, o con el peligro de perder el sentido de culpa y, sobre todo, la conciencia de pecado (incluso siendo diferente el límite psicológico del moral), con todo lo que tal conciencia significa: dolor, amargura, arrepentimiento, vergüenza, propósito... Por otro lado para nadie es nuevo que esta es la cultura en la que vivimos, una cultura que admite cada vez más la indiferencia ética, que ridiculiza a quien de un modo u otro se culpabiliza y no confía en sí, (pseudo) cultura que no sabe distinguir el mal del bien y tampoco sabe pedir renunciaciones y sacrificios para salir de un hábito y corregirse. Recuerdo en ese sentido la observación del rector de un seminario regional: "mis clérigos el primer "no" lo han oído en el seminario, ya que en la familia estaban acostumbrados a ser gratificados constantemente..."

Efecto nefasto de una cultura aburguesada y confusa sería, por tanto, junto a la actitud "egosintónica" en la confrontación de las propias debilidades (opuesta a la "egoalienadora", sobre la que volveremos a insistir), la pérdida, incluso, de la motivación para cambiar, para convertirse, con la consiguiente situación de estancamiento, de inmovilidad a nivel psíquico y espiritual. ¿Para qué cambiar y convertirse si el objetivo propuesto, más o menos conscientemente, es la aceptación, que es tan simple y fácil, si lo que se escucha decir y repetir es que la máxima aspiración de la vida es "ser uno mismo"? De esta manera, a veces la aceptación desencadena un proceso mental que va a condicionar también la conciencia y los juicios considerando lícito, o al menos no grave, un cierto manera de actuar.

Consecuencia tanto más grave cuanto inevitable, si bien raramente puesta en evidencia, es la mediocridad. El modelo de la aceptación reafirma y tranquiliza, no provoca ni pone, de manera sana, en crisis, y llega a ser punto de llegada, implícito modelo formativo que en la práctica, cierra cualquier camino de avance. Pone a la persona en condición de contentarse con lo que es, la ilusión de "ser ella misma" y la convence de que no puede hacer más, incluso, le hace comprender que esforzarse podría llegar a dañar su salud y resultar artificioso...

Conviene recordar que todavía hoy la aceptación de sí viene propuesta y señalada, por un tipo de psicología, como la solución de muchos problemas: como meta; parece a veces un hallazgo novedoso y estratégico; mientras que, en ocasiones, en el aspecto espiritual, se confunde con la auténtica humildad, con el abandono y la consigna de estar en las manos de Dios. Es importante saber distinguir en el proceso de la formación inicial: la auténtica aceptación de sí es sólo una etapa que posibilita la audacia de cambiar y de continuar el camino, y que está en función del crecimiento, no de una actitud inmóvil y pasiva. En cuanto a la humildad cristiana, no tiene nada que ver con la inercia y la falta de coraje: el humilde es creativo e ingenioso, sobre todo porque sabe en quién ha puesto su confianza.

Por tanto, si el modelo de la perfección prioriza el yo ideal con el rigor de sus objetivos, y el modelo de la autorrealización reduce todo a la medida de los dones y cualidades personales del sujeto, artífice de sí mismo, el modelo de la aceptación parece enfatizar sobretudo el yo actual sin ninguna tensión de crecimiento ni de conversión, y muestra, por lo tanto, una total insuficiencia y ambivalencia en el terreno formativo.

2.4- Modelo de la integración

Una clara superación del concepto y de la práctica de la autoaceptación, lo mismo que de los otros dos modelos, la logra el modelo de la integración. Por un lado tal concepto utiliza los últimos avances de las ciencias humanas y de la psicoterapia, en particular, pone de manifiesto cada vez más la función únicamente instrumental y no final de la aceptación de sí mismo, por otro, manifiesta también el creciente acuerdo entre las ciencias humanas y las disciplinas clásicas de la formación espiritual, considerando tal idea de la integración teológica y psicológica al mismo tiempo.

La imagen que podría convenir mejor a la integración es la de un círculo o un movimiento concéntrico que engloba e integra la realidad en torno a un punto central. Por tanto, la estrategia de la integración recorre todo camino hacia la perfección, y es adecuada, al mismo tiempo, a los otros objetivos, ya sea el de la autorrealización o el de la autoaceptación: es la estrategia que implica la presencia de un centro capaz de referir a sí la realidad circundante, atrayéndola y dándole sentido, purificándola y enriqueciéndola, reorientándola y valorándola al máximo. Integrar es un fenómeno complejo que comporta una variedad de acciones: completar y dar cumplimiento, atraer, perfeccionar, crear unidad en torno a un eje central, unificar, corregir, orientar..., incluso, aclarar, dotar de sentido, vitalizar, calentar, reforzar, sanar....

En el caso de una persona en formación ese núcleo central parece asumir toda la complejidad del *logos*, del *pathos*, y del *eros* que forman parte de la vida humana y del mundo interior del sujeto en formación. La persona que hace camino hacia la integración trata de actuar partiendo de un centro vivo, de una intuición fundamental, de un valor en el que reconoce su yo y lo que está llamada a ser, todas las otras energías de la inteligencia (=logos), de la voluntad (=pathos), de la pasión humana (=eros). No parte de la idea de anular ningún aspecto de la propia humanidad, se propone hacer girar todos los impulsos vitales en torno a ese eje vivo como satélites en torno a un planeta. Sólo así es como el camino formativo recupera plenamente sus dimensiones naturales evocantes del don de lo alto: misterio, drama y pasión que se corresponden respectivamente con el logos, el pathos y el eros (y, en último término, con la mente, la voluntad y al corazón). Dimensiones que actualmente la formación (y nuestra manera de entender y realizar la formación), corre siempre el riesgo de perder e ignorar con la consecuencia de que tendremos jóvenes cada vez más banales y superficiales, sin capacidad de reflexión-contemplación, y sin deseo de búsqueda (sin logos ni misterio); o jóvenes siempre inseguros y dudosos, sin capacidad de optar y comprometerse y de elegir el martirio (sin pathos ni drama); o jóvenes sin la pasión y el gusto de la belleza, con un corazón pequeño e incapaz de enamorarse, carentes de entusiasmo y sin capacidad de conmoverse (sin eros, ni pasión).

El esfuerzo del joven, puesto que de esfuerzo se trata, con la renuncia y el cansancio que implica, está en el integrar entre sí estos impulsos y reorientarlos, encaminándolos siempre hacia el objetivo central y final, eliminando progresivamente de ellos lo que no esté de acuerdo con el objetivo propuesto, sin temer de antemano a las pasiones, que las afronta, o aprende a afrontarlas, de manera natural, si es posible, como parte integrante de su naturaleza. Es como si trabajase en dos sentidos, en el centro y en la periferia: en el centro para encontrar siempre la propia identidad en el punto vital, que tiene el poder de atraer y dar sentido a todo; en la periferia, para acercar cada vez más cada fragmento de su ser y de su vivir a este centro vital.

Por tanto, no presume de eliminar nada ni tiene la ilusión de poder hacerlo; más bien tiene motivos para esperar que sus zonas menos positivas, acogidas y convertidas, confrontadas y analizadas, pierdan su virulencia y se comporten como una fiera domesticada.

Por otra parte, sabe que no puede dejar las cosas como están, contentándose con tomar nota de lo que es y de sus propios males. Trabaja sobre sí mismo en dos fases, una negativa y de purificación y otra positiva y de descubrimiento de sentido profundo.

a) Las dos fases

La primera fase, la llamada negativa, implica esfuerzo y renuncia, saber decir no a ciertas llamadas instintivas. El sujeto debe aprender a contrastarlas, porque las siente en desacuerdo con la propia identidad y verdad interior, con lo que quiere realizar y llegar a ser (las siente alienantes y no en sintonía),

las soporta y hace todo lo posible por mantenerlas bajo control y no ser dependiente de ellas. No se reconoce en ellas y las sufre.

En la práctica, resulta importante, conocer el proceso de formación de ciertas motivaciones inconscientes, que pueden conducir a inmadurez e inconsistencia, o que pueden derivar de ellas y a su vez reforzarse. Porque, al menos en parte, son procesos de los que somos responsables y que pueden ser prevenidos, detenidos o contrastados.

*** Paralización del proceso de formación de las motivaciones inconscientes**

Tomemos como ejemplo un caso de dependencia afectiva

Búsqueda de pequeñas y superficiales gratificaciones

Al comienzo la persona podrá advertir dentro de sí misma una situación de carencia o de insatisfacción, o un sentimiento de una cierta soledad, o situaciones no gratificantes, o una cierta necesidad de contacto psicológico o incluso físico, de seguridad y atención de los demás en sus relaciones, de centralidad del propio yo, en definitiva. Y entonces podrá ir buscando pequeñas gratificaciones, pequeñas concesiones de naturaleza afectiva, en sentido amplio, como podrían ser: búsqueda de personas y de contactos variados (especialmente con quienes parezcan más disponibles), demanda implícita de atención, huída de la soledad consigo mismo y reclamo de toda clase de compañía, satisfacción de cierta curiosidad... Normalmente en esta primera fase, las "concesiones" son irrelevantes y de escaso peso en el terreno moral.

Comportamiento ambiguo

Progresivamente el comportamiento se va haciendo cada vez más proclive a una cierta ambigüedad, ya que no se trata aún de conducta pecaminosa. Esta ambigüedad se extiende lentamente al juicio moral, que se hace cada vez más benévolo y comprensivo. Esto provoca una cierta debilidad inicial de ciertas convicciones e incluso de una cierta sensibilidad ligada a los valores.

Hábito o costumbre

Cuando estas pequeñas gratificaciones se repiten y, en la medida en que se repiten, se convierten en hábito, y la gratificación afectiva se hace habitual, estilo de vida, que tiene cada vez menor necesidad de un estímulo consciente en la persona, antes bien, se impone a la persona misma. Esto significa: menor libertad para vivir sin ellas, renuncia cada vez más difícil, menor conocimiento de lo que sucede en el corazón, y cada vez mayor familiaridad (o egosintonía) con la misma gratificación o con un estilo de vida gratificante, cada vez más ambiguo.

Automatismo

Poco a poco, cuando la inteligencia no interviene y el estímulo que conduce al cambio tampoco, las gratificaciones y concesiones afectivas se vuelven automáticas, no sólo no necesitan estímulo consciente por parte de la persona, sino que anticipan su propio conocimiento y las propias decisiones. Automatismo quiere decir algo que se impone, atracción que arrastra y cada vez es más fuerte (y más fuerte que yo mismo) y se autoimpone a la libertad del sujeto: que ya no será libre, y no sólo eso, sino que perderá progresivamente incluso la capacidad (o la libertad) de gozar de la mismas gratificaciones a las que se ha habituado ("cuanto más una persona hace lo que le gusta, menos le gusta lo que hace)". Por consiguiente, la gratificación primera (la que era superficial y moralmente irrelevante) ya no será suficiente, deberá aumentar hasta el punto de provocar una búsqueda de gratificación que podría llegar a ser moralmente de importancia. El individuo no se dará cuenta, o su conciencia lo justificará. También es posible que el mismo mecanismo extraño que hace la necesidad cada vez más exigente y a la persona cada vez menos libre para gozar de la gratificación, nublará cada vez más la conciencia, o hará

que el sujeto sea cada vez menos capaz de tomar distancia y de mantener libre el juicio de la conciencia. Evidentemente, utilizará, cada vez más, los mecanismos de defensa¹.

Motivación inconsciente

El proceso que ordinariamente conduce al automatismo, se escapa a la conciencia del individuo y le hace perder el control de la necesidad que apremia cada vez más, hasta el punto que llega a ser cada vez más la motivación radical y general del actuar, es decir, se coloca en el centro de la vida y desde ahí dirige todos los actos, no sólo como causa de algunos comportamientos que buscan afecto, sino como el motivo central de todas las acciones y relaciones, y como algo presente en todos los momentos de la vida. Es aquí donde se produce la inconsistencia, y como inconsistencia afectiva (que vuelve a la persona dependiente afectivamente con connotaciones, en ocasiones, sexuales y genitales); inconsistencia como algo central en la vida de la persona, que la impulsa a actuar de una determinada manera, en contra de sus ideales, la divide interiormente y la disgrega. Parte de sus energías se dirigen a los valores conscientemente creídos, pero otra parte, más o menos profunda, está sometida y atraída por una necesidad cada vez más impuesta y oculta. La inconsistencia se manifiesta fundamentalmente como desintegración (cf. SH 219). La persona no será, en ese momento, responsable totalmente de sus actos o de lo que siente, pero con seguridad es responsable del proceso que se ha ido produciendo en ella. En consecuencia puede hacer algo para detener ese proceso, para retroceder en el camino recorrido, para recuperar la propia libertad y todas las energías que le llevan lejos de sí misma, dividiéndole interiormente. El proceso de integración tiene como objetivo la recuperación de esta energía y, como consecuencia, la restauración de la propia integridad.

*** Recuperación del conocimiento propio**

La fase positiva de la integración se inicia con la recuperación, ante todo, del conocimiento propio. La primera y fundamental integración es la de la propia conciencia, así, podremos decir que es la condición por la que se pone en marcha el dinamismo de la integración. El mayor desafío de la inconsistencia y del proceso que hemos descrito, es que todo corre el riesgo de producirse más allá de la conciencia del individuo. Es un gran problema para nosotros. Por un lado contamos en nuestra estructura formativa con numerosos instrumentos y posibilidades de crecimiento al servicio de los jóvenes; y de otro, debemos admitir que a pesar de todo, estas estructuras no funcionan, o nosotros mismos no funcionamos, si bien es cierto que nuestros jóvenes no avanzan suficientemente en el conocimiento de sí mismos aún contando con múltiples ayudas y estímulos, a nivel cultural, educativo, moral, disciplinar, experiencial, espiritual, litúrgico... tanto a nivel individual como comunitario, en diversos contextos y con la ayuda de diferentes agentes (director espiritual, educador, animador, confesor, rector, profesores...), con amplia experiencia. Es una constatación dura y desconcertante: después de varios años de formación nuestros jóvenes no se conocen, no saben en qué se deben trabajar, no han percibido la causa de su debilidad, el porqué de su nerviosismo, la raíz de las caídas que se repiten constantemente, el motivo de cierta impotencia y falta de eficacia en el anuncio, la razón de la desgana, de la frustración, de la desintegración, de la sutil depresión que llevan en sí mismos...

Fue uno de los primeros datos de la búsqueda del equipo del P. Rulla: después de cuatro años de formación religiosa y/o sacerdotal solo un porcentaje insignificante (estadísticamente irrelevante, en torno al 4%) había mejorado en el conocimiento propio, mientras que más del 80% de las personas en formación desconocía el punto central de su inconsistencia, o la inmadurez personal que de una u otra forma se pone como centro de la propia vida y desde la que se orientan todos los actos sin que el sujeto se de cuenta de su falta de libertad, ni de poder dar el primer paso en el proceso de crecimiento: *conocerse*. Quisiera decir: ¿qué clase de formación es la que logra individuar y hacer individual el problema central del sujeto? No podemos decir que sea culpa del sujeto o del insuficiente compromiso, ya que a estas alturas, de poco serviría su buena voluntad y su sincero deseo de ofrecerse íntegramente al Señor; sí hay algo que se lo impide y no sabe qué es...

¹ Cf algunos ejemplos concretos en A.Cencini, *Los sentimientos del Hijo*, Salamanca 2000, pp.206-207, nota 3 (ejemplo negativo), y A.Cencini, *Por amor, con amor, en el amor*, Madrid 1996, pp.1003-1004, nota 23 (ejemplo positivo).

* ¿Cómo recuperar el conocimiento de sí?

Por esta parte cf. *Los sentimientos del Hijo*, pp.52-55 (el papel del educador), y pp.205-212 (la tarea y el cansancio del joven).

Al termine di questo "descensus ad inferos" il giovane dovrebbe essere invitato a definire con la maggior precisione possibile la sua inconsistenza centrale. A tale scopo ho trovato molto utile invitarlo a disegnare il suo "albero psicodinamico", ovvero a precisare le radici della sua inconsistenza (spesso radicate nel passato anche remoto), il tronco o la linfa vitale (il bisogno psichico che l'inconsistenza tenta di gratificare), e infine i rami, le foglie, i frutti (le conseguenze dell'inconsistenza, a livello di percezione distorta di sé e della sua propria identità, di Dio e della sua parola, dell'altro e della comunità, della vita religiosa nelle sue componenti, dalla vita comune all'impegno apostolico).

b) Integración en torno a la cruz, árbol de la vida

Este es el punto de partida del proceso de integración. Se ha descubierto lo que estaba en el centro de la vida del joven (sin que él lo supiese) y que ha corrido el riesgo de desviar su camino formativo; se trata ahora de *poner en el centro de su vida lo que es digno de ser lo central de la vida del hombre*, es decir, lo que el Padre-Dios ha puesto en el centro del cosmos como "corazón del mundo".

El elemento decisivo en un proyecto de formación inspirado en el modelo de la integración, está constituido, en efecto, por un eje central, por algunos valores, ideas, experiencias, convicciones que el sujeto ha descubierto e intuido como centrales y que está haciendo cada vez más suyas, o en las que reconoce algo de familiar y que, al mismo tiempo, siente que debe y quiere inspirar su conducta y sus aspiraciones como el eje de su vida; por un lado, está lo que le sostiene y la da fuerzas, pero por otro, está también lo que le provoca como un constante punto de referencia, un permanente criterio de discernimiento, un denominador común que, de diferentes modos, contiene y expresa las diversas maneras de vivir el sacerdote o el religioso (*el misterio, el drama, la pasión*), pero que también tiene necesidad de todas las dimensiones y potencialidades del vivir humano (respectivamente *el logos, el pathos y el eros*).

En concreto, se trata de la persona del Hijo, su misterio de muerte y resurrección, el drama de su Pascua, la pasión de sus sentimientos, como ya hemos dicho, su corazón de Siervo y de Buen Pastor. El Hijo en la cruz (desde el punto de vista de la teología de Juan) realiza el mayor proceso de integración de la historia, es en sí mismo acontecimiento de integración.

Por eso, tal referencia teológico-espiritual es también el centro neurálgico que funciona como elemento integrador, y que debería ser el núcleo central de la vida sacerdotal y consagrada, su centro vital, esto es, lo que la anima y le confiere identidad y que es indispensable, no sólo descubrir, y proponer con claridad en la formación inicial, sino también articular pedagógicamente como polo de atracción y de fortaleza psíquica. En otras palabras, el proceso de integración psíquico puede realizarse solamente en torno a todo lo que ya ha estado descrito, al menos en teoría, en el centro de la vida cristiana y de la identidad de la vida consagrada y sacerdotal, es decir: Cristo. Porque así le ha parecido bien al Padre-Dios, hacer de Cristo, "el corazón del mundo", el centro no sólo del cosmos, sino de la vida de todo ser viviente, porque en él nos ha elegido, bendecido, predestinado, redimido, recapitulando en él todas las cosas, haciendo la paz con la sangre de su cruz (cf. Ef 1,3-10; Col 1,15-20) ya que el Verbo se ha encarnado no "para abolir, sino para dar cumplimiento...", para que "todo se cumpla" (Mt 5,17-18).

A esta centralidad cristológica debe corresponder, por así decirlo, una centralidad psicológica o psicopedagógica, que en definitiva no es otra que el proceso de "recapitulación" y "reafirmación de la paz" de la que habla Pablo, operación compleja, que viene de lejos y que debe durar toda la vida, pero que puede y debe comenzar necesariamente en la formación inicial.

Se tratará entonces, de poner verdaderamente la cruz en el centro de la vida del joven, casi de clavarla en el corazón para que descubra progresivamente como:

- solamente el *misterio* de la cruz del Hijo, como signo del mas grande amor elevado en la tierra, pueda dar sentido (=logos) a todas las cosas, al pasado y al presente, al límite personal y a la debilidad, a la impotencia y al pecado, a la vida y a la muerte, al sufrimiento y al amor, a su opción vocacional y a toda opción de vida; y transformar el mal en bien, lo absurdo en lógico, la ofensa recibida en purificación radical, la enfermedad en una participación responsable en la salvación, la muerte en vida...;

-sólo el *drama* de la Pascua del Señor, hace sentir la responsabilidad igualmente dramática (= pathos) de la propia opción, opción que de ninguna manera puede ser delegada, que es la responsabilidad del amor recibido que tiende, por naturaleza, a llegar a ser amor entregado; sólo el drama de la elección libre de Jesús puede comunicar la fuerza de optar en cada momento de la vida, de *proyectarse* más allá de sí mismo poniéndose en las manos de alguien mayor, y de tener el valor de optar también, de una manera libre, por la entrega de sí mismo, don costoso, hasta las consecuencias más radicales y exigentes.

-sólo la *pasión* de amor manifestada en la cruz puede juzgar la historia personal y orientar el amor (= eros), formar la conciencia e iluminar los ojos de la mente, poner al descubierto el egocentrismo inconsciente e inconfesado; puede descubrir el verdadero misterio de la sexualidad y ordenarlo según su naturaleza y riqueza, distinguir ilusiones y trampas, defensas y reticencias del egoísmo humano, manifestar que el amor lleva los estigmas y si no los tiene, no es amor verdadero... La cruz es la verdad de la vida².

Por eso atrae (Yo, cuando sea elevado de la tierra, atraeré todas las cosas hacia mí), también por eso rehace y reúne todo lo que estaba disperso, dividido y seco, cada fragmento de vida y de humanidad (Cf. Ez 37, 1-15); "nada se sustrae a su calor" (Sal 18), ya que la cruz es el centro vivo y cálido entorno al que el joven debe progresivamente aprender a hacer girar su vida, impulsos, límites, sentimientos, instintos, deseos, proyectos, pasiones, sueños, realizaciones, etc...

Ese es el icono que la mirada del joven en formación debe mantener fijo durante el camino formativo (cf. Jn 19, 37), como los Hebreos en el desierto.

Creo que este modelo formativo articulado en tres diferentes y convergentes direcciones, construido en torno a lo que es el centro y está en el centro de la vida humana, podrá en verdad constituir una referencia válida en la actualidad. Ese modelo responde a las exigencias psicológicas de la persona (supone un deseo de *logos, pathos y eros* que no es posible no tener en cuenta y que proporciona un correspondiente recurso de *logos, pathos y eros* en cada joven), y da respuesta a la identidad y exigencias vocacionales (la vocación de especial consagración es, *en sí misma, misterio, drama y pasión*)
Nosotros, aquí no podremos afrontar las implicaciones concretas del esquema propuesto, pero quisiera decir alguna cosa más a propósito de la primera integración, la de la debilidad e inconsistencia propias. Retomemos el discurso donde lo habíamos dejado al comienzo de la descripción de la fase positiva, después de haber descrito la recuperación del propio conocimiento.

c) Integración de la debilidad

Conocer e identificar las propias inconsistencias no quiere decir eliminarlas: esto quisiera el joven, como lo deseaba también Pablo, obligado a confrontarse con el ángel de Satán, que lo abofeteaba y humillaba, y como quizá quisiera también el formador.

Pero, integrar no quiere decir eliminar, sino acoger y recoger la vida en toda su complejidad, también en su confrontación interior, como lo experimenta quien toma en serio el propio camino formativo. Se trata de acoger y recoger todas las propias energías, incluso esa fuerza misteriosa que se esconde en la debilidad, hasta en la propia inconsistencia.

Todo esto se hace posible solamente por la fuerza de un punto de apoyo, de un punto central que consigue mantener unida la polaridad entre aquellos aspectos que aparentemente son opuestos. Es lo que hace la Cruz y que sólo la Cruz puede hacer.

*** La cruz como *misterio***

Ante todo, *misterio quiere decir ese punto de encuentro, central, que consigue conciliar en sí mismo las polaridades aparentemente contrapuestas*. Es como una clave de lectura que permite anudar entre sí e integrar elementos que son opuestos e irreconciliables.

En nuestro caso la debilidad de un ser humano y el ideal de la consagración a Dios, o la santidad y el pecado... En la cruz nosotros vemos perfectamente realizada esta síntesis: entre el amor de Cristo, por el

² Cf. A. Cencini, *la Croce, verità della vita*, Milano 2001

Padre y por la humanidad entera, y el pecado del ser humano que el Hijo carga libremente sobre sus espaldas.

Precisamente por esto, misterio no es un algo negativo e impenetrable, tenebroso y casi hostil. El misterio es tal porque es excesivamente luminoso, porque esa integración de los opuestos le ha hecho resplandeciente, con una claridad increíble, como una centella que enciende un fuego grande e inextinguible.

Precisamente por esto, el ojo de la mente humana no puede pretender ver y fijar esta luz para comprenderlo todo rápidamente, sino que puede y debe adaptar lentamente su capacidad visual-interpretativa a la claridad del misterio.

Sin embargo, el misterio es bueno y es amigo, manda continuamente señales y mensajes a quien lo quiere comprender y a quien, con humildad y paciencia, acude a su escuela para aprender su alfabeto; no es insondable y metálico como el enigma que no se deja asir por el ser humano y que hace vanos todos sus esfuerzos.

En fin, precisamente por la fuerza de su posición intermedia o del hecho de ser punto de encuentro, el misterio no es algo frío y aséptico, puramente teórico y abstracto, sino que es un centro "cálido", porque es en sí mismo, *rico de energía y calor*, gracias al contacto entre las dos realidades que en él se aúnan.

Y es precisamente ese encuentro lo que libera una energía sobreaundante, que no es simplemente la suma de dos cantidades, sino efecto de una suerte de multiplicación de ellas mismas. Por eso el misterio no es sólo una clave de lectura e interpretación de lo real, sino más bien un dinamismo vital, punto de apoyo, fuerza que se proyecta, energía que logra soluciones, coraje para decidir...

* La cruz como *logos*

La cruz es todo esto: una realidad rica de luz y de calor.

Pero, debe llegar a ser también el *logos*, es decir lo que da respuesta a la necesidad de sentido de cada ser humano, punto de referencia y clave de lectura existencial para el joven que ha aprendido a conocerse y experimenta que una cierta raíz de debilidad y pecado es inextirpable de su vida, pues se topa con la impotencia, él que está encaminado en un camino de santidad, y que reconoce dentro de sí monstruos y demonios, él que ha elegido la vía de la perfección.

El joven debe ser ayudado a acoger esta confrontación interna desde la cruz de Cristo: síntesis, en máximo grado, es decir síntesis en grado insuperable, de santidad y de pecado, de amor y de egoísmo, de luz y de tiniebla, de divinidad y de humanidad, de poder divino y de impotencia humana, de violencia y de misericordia, de presencia y de ausencia, del sin sentido y del supremo significado.

¿No es acaso la cruz de Jesús el gesto más grande de injusticia de la historia, el más colosal sin-sentido, y no es al mismo tiempo todo lo que está colmado de sentido, de amor, de justicia redentora? Es sólo esta contemplación de la cruz como síntesis de los opuestos, lo que puede provocar al joven a hacer lo mismo, o a descubrir y acoger, en la oposición que vive dentro de sí, un sentido fundamental de la vida y de su camino formativo.

Al joven se le forma para filtrar, de alguna manera, su saber y conocer a través de la necesidad de la cruz, *para que ésta llegue a ser el punto de encuentro entre su debilidad personal y el poder de la Gracia*, y aprenda así a conocerse a sí mismo a través de ella, a conocer al Eterno, a conocer al otro, a conocer el sentido de su vida y de su vocación.

Esa oposición interna vivida hasta el fondo, no puede ser eliminada, paradójicamente es preciosa, y no puede ni debe faltar en el camino formativo (atención a los jóvenes demasiado serenos y tranquilos, nunca en crisis y sin mayores problemas, "gozo" para los formadores ingenuos...)

En concreto, el joven es educado-formado para "servirse" de su debilidad experimentada en la perspectiva de la cruz:

* Para *conocerse a sí mismo*, y reconocer ante todo la *propia identidad*, el misterio de su propio yo y de su propia pobreza amada por el Eterno. Se hace necesario, para liberarse progresivamente de sus sueños autoperfeccionistas, de sus ilusiones de autosuficiencia, de sus narcisismos presuntuosos, y llegar

a ser siempre un espacio más libre para Dios, el tres veces Santo; finalmente habitable para Aquel que puede hacer grandes cosas en quien se ha vaciado del propio yo, el Dios que es omnipotente en quien ha experimentado la propia impotencia!

* Para *conocer a Dios*, liberando la propia percepción de lo divino de toda distorsión, y experimentar luego la *necesidad de la Gracia*, o la absoluta *necesidad de Dios*.

Entonces, es como si la conciencia de su impotencia le enseñase a *orar*, a dirigirse a Dios con aquella plegaria esencial, típica del pobre y del humilde: "Kyrie, eleison", y le pusiese de rodillas, como al publicano en el templo, abandonando para siempre esa presunción que lo hace falso e hipócrita delante de Dios y de los otros. El joven debe aprender que *nada enseña a orar tanto, como la experiencia de su propia impotencia!*

Y no solamente esto, porque la cruz de Jesús me dice que el amor de Dios por mi no es mi merito, es totalmente inmerecido (allá de cada pretensión narcisista), incondicional, no es mi conquista ni fruto de mis virtudes y observancias, votos ni perfección personal, sino es amor totalmente libre, expresión de la realidad de Dios.

* Para *conocer al otro*, liberando esa percepción de la contaminación del propio narcisismo que es incapaz, por definición, de entender y comprender el tú. El otro sólo es conocido correctamente a partir de la misericordia, y de la experiencia personal de aquella *misericordia* que está al origen de la vida y de toda relación, que no permite que nadie se crea mejor que los demás, mientras permite, en cambio, compadecer las enfermedades de los otros. Misericordia que no permite tomarse a sí mismo demasiado en serio y liberarse en cambio de las manías de la autosuficiencia, de aprender a cargar con las debilidades ajenas, recordando bien las muchas veces que cada uno de nosotros somos perdonados y otros han cargado nuestro peso sobre sus espaldas. Aprender, por tanto, a integrar también las debilidades ajenas, a responder al mal con el bien, como el Cordero (otro signo grandísimo de integración y de integración del mal), a sentirse responsable del mal del hermano, actuando con sentido de responsabilidad, no sólo con el perdón, sino también con la corrección y ayuda fraterna, con la revisión hecha juntos, con la capacidad de incondicional acogida del otro que conduce al amor del hermano (cf. Berdjajev: al final de la historia, Dios pedirá cuenta a cada Abel de lo que ha hecho del hermano Caín...);

* Entonces, quien integra el propio mal y la propia impotencia en la perspectiva de la cruz de Jesús, se libera de sus percepciones distorsionadas y de sus irreales expectativas en relación con *la propia vocación y con el propio futuro, con la vida comunitaria y con el apostolado*. En adelante no mira ya todo ello, ojalá inconscientemente, en función de sí mismo, y de la gratificación de la propia inmadurez e infantilismo, sino para anunciar la fuerza de la Gracia que actúa en la impotencia humana, o la fuerza de Aquel que se deja colgar y sufrir la violencia para salvarnos con sus heridas. Qué pocas crisis se dan cuando se afronta la vida, la vida consagrada, el apostolado, etc, liberando el corazón y la mente de los propios prejuicios, condicionados por las acostumbradas e inconscientes inconsistencias!

Llegados a este punto, esa pobreza, sufrida y combatida, está ahora integrada, y se descubre cargada de sentido, pues en absoluto ha de ser eliminada. Así, esa pobreza llega a ser cada vez más útil en el proyecto formativo, tiene un enorme potencial liberador, se hace confrontación ineludible y prueba creíble de la autenticidad del camino. Es como una constante presencia para recordar algo que de ningún modo puede ser olvidado ni puesto entre paréntesis.

Cuando este joven que, actualmente, está en formación llegue a ser apóstol, anunciará el Evangelio de la misericordia no como un doctor de la ley, o un superman del Espíritu, que sólo tiene que enseñar a los demás, sino como un "sanador herido", con un conocimiento pleno y sufrido de su propia debilidad, con la fuerza convincente de quien ha experimentado en sí mismo la grandeza y abundancia del perdón, signo de un amor que lo ha precedido y elegido, y por suerte no ha sido medido con relación a sus méritos. Será una continua integración, en un proceso de formación permanente, cuyo punto de llegada es la actitud de Pablo que presume de su propia debilidad (cf. Cor 12,10)

d) Los dos dinamismos

Más no sólo la energía aceptada y progresivamente liberada, refuerza el polo positivo, objeto de la intencionalidad consciente. Es un doble movimiento: *del centro a la periferia y de la periferia al centro*. Gracias a este recíproco y dinámico anclaje, el valor último y trascendente hace a la persona libre para acoger las otras dimensiones de su ser, y así la vitalidad que de ellas recibe se convierte en medio e instrumento para vivir más intensamente la pasión central de su vida.

El resultado es el perfil de un santo, hombre integrado, señor de sus energías (logos, pathos y eros) porque ha aprendido con dificultad y paciencia a tenerlas bajo control; capaz de ternura y de gestos profundamente humanos porque no ha estado formado desde la racionalidad y el control, ni desviado por sutiles narcisismos y presunciones de suficiencia perfeccionista que invaden todo lo que es emotivo. Hombre capaz de desear el bien y de dejarse atraer por él, porque no ha matado sus deseos y su capacidad de amar, tal vez por el miedo de no saber controlar suficientemente la parte "inferior" de sí mismo; libre para dar y recibir, para amar y ser amado, para elegir y para renunciar, para la mística y para la ascética.

Para llegar a esta integración, que no es dada en don a nadie, ni es fruto de una síntesis simplemente teórica, es necesario saber reconocer y experimentar los ángeles y los demonios que conviven en nuestra vida. La integración es fruto de avances y retrocesos, de subidas y de caídas, de renunciaciones y de recuperaciones, hasta el punto de cristalizarse en un centro fuerte que todo lo atrae y armoniza. Cuando el santo se considera un vil pecador, indigno de la salvación de Dios, dice la verdad, porque habla de la dimensión de sombras, de aquellos siniestros meandros en los que habitan encadenados nuestros demonios. En un proyecto de santidad que tiene en cuenta con realismo un cierto modelo antropológico en el que el ser humano no es santo ni pecador (sino ambas cosas), éstos son encadenados, pero no muertos, y es necesario integrarlos continuamente, para que su fuerza no desestabilice el equilibrio del que está en formación, sino que le ayude a crecer en dirección de la tierra prometida, es decir de su propia identidad, como Dios lo quiere.

1- TRES DIRECCIONES PARA EL FUTURO	1
1.1- Objetivo de la formación y formación permanente.....	1
a) De la sequela imitativa a la internalización de los sentimientos del Hijo	2
b) Del egocentrismo a la libertad relacional.....	2
c) Del objetivo de la perfección al objetivo de la integración.....	2
2- DEL MODELO DE LA PERFECCIÓN AL MODELO DE LA INTEGRACIÓN	2
2.1- Modelo de la perfección	2
a)- Pretensión (irreal) y riesgo (real).....	2
b)- Controlador perfecto (y agotador).....	3
c)- Sin pasión y sin pasiones	3
d)- Ventajas	4
2.2 Modelo de la autorrealización.....	4
a) El Yo al comienzo, en medio y al final	4
b) Aspectos positivos	5
c) Aspectos contradictorios: el talento como límite	5
d) Dependencia del rol y del resultado	5
e) De la autorrealización al complejo de inferioridad.....	6
2.3- Modelo de la autoaceptación	6
a) Conocer la propia realidad y negatividad.....	6
b) Reconocerse criatura	6
c) Riesgos y contradicciones: inmovilidad y mediocridad	7
2.4- Modelo de la integración.....	8
a) Las dos fases	8
b) Integración en torno a la cruz, árbol de la vida	11
c) Integración de la debilidad.....	12
d) Los dos dinamismos	14

(Impartido en CONFER por Amedeo Cencini)